

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TECNICA SUASORIA

LOS ULTIMOS ORADORES

EL «parlamentarismo» tiene mala prensa, hoy día. Desde la derecha y desde la izquierda se le colma de reproches, y, a menudo, de injurias. Por lo demás, incluso en los propios países donde conserva vigencia institucional, parece que su funcionamiento ha dejado de ser lo que era. Son las cosas de la vida. No entro ni salgo en una posible discusión de por qué «eso» ocurre así. El tema es complejo, y nos llevaría demasiado lejos. Sin embargo, resulta muy evidente que la afición, si no precisamente a «parlamentar» —que siempre sería útil—, al menos a «parlar», a la chachara elocuente, emitida con trinos vibrantes y ademanes aparatosos, continúa viva y muy viva. Los «picos de oro» no se extinguirán. Hace unos días, asistí a un homenaje que se dedicaba a un amigo, y quedé admirado ante la persistencia de las vocaciones perorantes que produce el país, hasta en los últimos reductos agrarios. Supongo que en zonas más resabadas, el hecho todavía adquiere mayores proporciones. De vez en cuando, hojeando los periódicos o al azar de la radio y del televisor, encuentro certificaciones encopetadas. Nuestras latitudes, en definitiva, son, ahora, notablemente taurinas. Con todo, el ánimo oratorio perdura con toda su mejor impaciencia. En cuanto uno se descuida, le endilgan un discurso.

Bien mirado, quizá sólo en las iglesias ha perdido realmente terreno la verborrea suntuosa y fascinante. Por lo que sé, después del Vaticano II los púlpitos han tendido a desplomarse. Yo recuerdo gran cantidad de sermones soportados en mi infancia. Eran espectáculos preciosos. El predicador, con hábitos austeros, o con mucetas o sobrepellices de colores amenos, disparaba frase tras frase durante una hora u hora y media: pasando del grito al susurro, braceando, conminando a la feligresía con trémolos de amenaza, o bien recitando latinajos y sutilezas escolásticas. Se necesitaba una garganta de hierro y una memoria de elefante para ir, de parroquia en parroquia, recitando panegíricos y fervorines. La verdad es que a la feligresía le gustaba. Pero los criterios pastorales han cambiado, y, según me dicen, los curas ya ni siquiera suben al púlpito. Desde el pie del altar, en tono de coloquio, profieren sus homilias, y santas pascuas. Para que la voz llegue hasta el ábside, emplean un circuito perifónico. En los últimos funerales a que he tenido que sumarme, he podido comprobar que la ruina de la «oratoria sagrada» es total. No dudo de que aún subsista algún «virtuoso» de la vieja escuela. De todos modos, la discreción se impone.

Viendo y escuchando a un sacerdote en sus trámites profesionales, pensé que tal vez el secreto del asunto era el micrófono. Cuando este chisme no existía, el «orador» se veía obligado a conseguir la «persuasión» mediante procedimientos «entóneos» e «históricos». La palabra, en su boca, no podía ser un simple enunciado de conceptos, sino que, por necesidad, y para hacerse entender, debía «impostarse» en gorgorito, en gesticulación complementaria, en trucos pintorescos. Fuese dentro del templo o al aire libre, se explicase la doctrina cristiana o la de la República Federal, el «orador» tenía que articular chillidos y pantomimas. Es lo que hicieron mis distinguidos paisanos, «predicadores» excelsos, san Vicente Ferrer y don Vicente Blasco Ibáñez. Y lo que hicieron Demóstenes y Cicerón y Bernardino de Siena y Bossuet. Y, por supuesto, el canónigo Manterola, el señor Castelar y don Juan Vázquez de Mella. Y Lenin y Trotski... Más que «hablar», declamaban. La declamación pertenece al área de la música: de las efervescencias patéticas dependientes del aparato fonador. El micrófono y sus altavoces han abolido tales exigencias. La palabra, a través de los electrodomésticos, vuelve a ser familiar. Su técnica suasoria ha de ser otra...

Dios me guarde de caer en optimismos. No soy de los que opinan que el televisor es esencialmente nocivo y que la muchedumbre televidente sufre una alienación sin precedentes. Sufre una alienación, y gorda, desde luego. Pero no sin precedentes. Las muchedumbres anteriores se encandilaban tanto o más que las actuales con el sermón, la arenga, la alocución o el ditirambo que se les infligían. Concedo más: la capacidad «sugestiva» de los electrodomésticos, transistorizados o no, es superior a las faringes de Manterola y Castelar, y hasta a las de mis dos Vicentes, que ya es decir. Pero la pequeña pantalla acerca al oyente la cara de quien le habla,

y los altavoces no toleran el relincho excitado. Todavía Hitler y Mussolini se valieron del artificio radiofónico para sus concentraciones masivas, y todavía de Gaulle ganaba votos con sus muecas expresivas de caricato, difundidas por la tele. Hitler y Mussolini procedían de la oratoria electoral, y de Gaulle había aprendido la técnica cuartelera de Napoleón. Unos y otros representan el final de una tradición. La «tradición» que ahora empieza es más temible, por un lado, y más apreciable, por otro.

El aspecto «apreciable» sería éste: la palabra, desdramatizada, desesperanzante, se ofrece en su desnuda entidad. No tan «desnuda», ya lo sé: no hay palabra que signifique nada que sea inequívoco. Pero alguna ventaja llevamos por delante: desaparece el afectismo, sea retórico, sea tonal, de la «oratoria» multiseccular. «Escuchar» tendría que ser como «leer»: una operación reflexiva, mínimamente «reflexiva». El planteamiento se presta a ello. Las dificultades para que se cumpla son enormes, no lo ignoro. Lo cierto es que los latiguillos y las efusiones de mitin resultan grotescos ante los aparatos de uso cotidiano... Y lo curioso es que se perpetúan las triquiñuelas tribunicias, literalmente preindustriales. En todas partes. Acabo de ver unos pasajes cinematográficos de la campaña electoral italiana, y el comportamiento de los «oradores» —de todos los partidos— es de una rudeza elemental. No lo pongamos todo a la cuenta de «lo meridional». Ciertamente las gentes del Mediterráneo solemos ser tan bobos, que cuando alguien «habla bien» nos parece que «tiene razón», o casi. «¡Seréis siempre unos niños!», decía el cascarrabias de Unamuno. Puede que sí, al fin y al cabo. Y tampoco hay que avergonzarse de una tontería tan «estética». Después ya pagamos los platos rotos, y eso es otra historia.

En Italia, y aquí, y en muchos sitios más, el entusiasmo «oratorio» no disminuye. Y menos que en otros sectores, entre los «antiparlamentarios». Con sospechosa frecuencia, los enemigos del Parlamento han sido y son individuos que ni sabían ni saben reprimirse, al tener una tribuna cerca. Y les agrada hablar «en directo», sin micrófonos y sobre una tarima: como un fraile medieval. Aquel divertido sarcasmo de que el parlamentarismo es «una aristocracia de tenores» pecaba de corto. Desde que la ciudadanía cuenta —poco o mucho— en la marcha de la cosa pública, los políticos tuvieron que ser «tenores», y, en realidad, todos los regímenes, cualquiera que sea su color o su propósito, siguen siendo eso: aristocracias de la oratoria. Eso y bastante más, claro está. El procedimiento raramente varía: de vez en cuando, alguien sube al podio y lanza una soflama. La ocasión vendrá forzada por una u otra contingencia: una campaña electoral, un momento de crisis, un festejo ritualista. Y el «orador», en el poder o en la oposición, proyecta encima de la clientela un artefacto verbal incandescente, un paquete de periodos vibrantes, una serpiente lábil y cromática...

Los discursos aturden. Puede temerse que no se proponen más que aturdir. Me refiero a los «buenos»: a los discursos de «tenor». La rociada puede ser insigne. El sistema consiste en transmitir o contagiar una forma u otra de «apasionamiento», y con ella, una determinada carga de mitos, de nociones preceptadas, de recelos o de ilusión. El auditorio la recibe sin «crítica». Reacción con su clamor adhesivo, si el do de pecho estuvo bien dado. Ovociones, vitores, cánticos, son la respuesta. Todo parece escasamente razonable. Y la verdad es que convendría que el juego tuviese otras reglas, y que todos saldríamos ganando si, en lugar de extender una cierta excitación, se fomentase el humilde, vulgar, sencillo ejercicio de sopesar los pros y los contras, en un debate limpio, a la busca de cualquier solución pragmática. Y no postulo la utopía liberal, que es tramposa y vaga. Tiene a su favor que las demás opciones no son menos utópicas y si más dolorosas. Pero no me meto en estas comparaciones. Lo que intento defender es una higiene anti-oratoria. El ideal sería que, ante la amenaza de confundirnos con palabrerías campanudas, con modulaciones de romanza de ópera, estuviésemos —la población subalterna— pertrechado con unos ciertos dispositivos de juicio y de desconfianza, que todo es uno y lo mismo. Quizás una pizca de algodón en los oídos...

Joan FUSTER

CANON PERFECTO

Los pueblos con alma

El Supremo acaba de dar la razón a los vecinos de Veigas de Camba, sobre la valorización de sus terrenos (De los periódicos.)

ES, todavía, un pueblo perfecto, lo ciñe un río hermoso y truchero, lo decoran álamos y abedules, y los contrafuertes de la sierra del Invernadero, lo protegen del frío como entre las tibias ancas de un potro. Desde los altos —agras, montesías, estivadas, «xestas» perdices, y al filo de la tarde, soturno, el lobo— los vientos largacos lo orquestan con poderoso ulular wagneriano; como canción patriótica cantada a coro en la plaza de alguna vieja ciudad germanica. Abajo, piños de ovejas y el redondo son de las esquilas vacunas. Sí, es, todavía, un pueblo perfecto —aunque no tiene electricidad ni carretera—, colocado por la abierta mano de Dios en el regazo de la alta montaña orensana. Su nombre, Veigas de Camba; sus habitantes, trescientos; sus vacas, cien; y sus ovejas, quinientas. Digamos, para terminar, que posee una miel incomparable, y que sus castañares desprenden las castañas más grandes y sabrosas que al pasajero le ha sido dado tomar en su Galicia materna. Depende del Ayuntamiento de Villariño de Conzo.

Cazando, desde La Gudíña, hemos caído el pasado otoño en Veigas de Camba. El canon perfecto del pueblo humeante en la alta paz autumnal se abarca en la proporción de la mirada; con sus prados, su río cabal, sus árboles lloviendo oro, y sus casas. Como una divina proporción, que hubiera placido al griego.

Pero hace días que un «périto», en lenguaje de los terrícolas, vino a avisarnos que se preparasen, ya que un embalse en construcción ha de borrar todo del mapa: casas, álamos y prados. La sentencia parece ser ya dictada. Esta vez no se trata de Fenosa, pero para los efectos es igual.

—Mire, señor, dicen que nos llevarán a una población para que pongamos algún negocio. ¿Qué sabemos nosotros de eso, señor? ¿Qué vamos a hacer en la población...?

En los ojos de la mujer que me hablaba, parecía contemplarse el fin del mundo.

Quise consolarla, pero no encontraba palabras. Unos rapaces rubios me contemplaban, desde la puerta de la cocina aldeana, con los labios mudos y los ojos profundos, abiertos como pozos.

De pronto, un luto de cuervos tiñó con escalofrios el cielo de noviembre. Como estábamos en Difuntos, era seguramente el «réquiem» por las casas sentenciadas, por los álamos y los robles, por el río cabal, por la armonía de los grandes castaños, por los prados nutritivos. Por todo...

Me quedé pensando que los pueblos, aunque no tengan televisión, ni carretera, pueden también tener alma. Y que el alma, a lo mejor, duele.

José María CASTROVIEJO

PREPARAR LA ENFERMEDAD

UNAS DECIMAS

YA no hay enfermedades como las de ayer ni convalecencias como las de los años de nuestra niñez. La enfermedad, antaño, era un rito: los pródromos, varios días de cama —guardar cama—, un no corto proceso de convalecencia, con paseos al sol y reconstituyentes que ya no se ven por el mundo, aunque constituyan en nosotros una pincelada de nostalgia. La gente, ahora, quizá porque se matan pulgas a cañonazos, está enferma un día, unas horas, sin que la gente, salvo excepciones, abandone el ritmo de su trabajo. Le meten a usted un par de inyecciones y ¡a la calle!

El caso es que nos gustaría en ocasiones tener unas décimas y justificar así nuestra retirada por unos cuantos días a la orilla de la vida. Creemos que tenemos unas décimas —unas decimillas, decía nuestra madre—, porque no tenemos buen cuerpo, pero es menester que el termómetro hable. Preguntamos que dónde han puesto el termómetro, que cada día —no sé por qué— va perdiendo prestigio. Acaso porque los médicos, dan menos importancia a la fiebre, que antaño era la gran voz de alarma. ¡Antaño, antaño!

En los años de nuestra infancia no había termómetro en las casas. Iba el termómetro, bien custodiado, en el bolsillo del corazón del chaleco del doctor. Cuando el médico sacaba el termómetro, se producía en el aire un gran silencio: un silencio expectante. Había que esperar cinco, diez minutos. Nuestro padre quería saber la fiebre que teníamos. Mas el galeno se limitaba a decir: «Tiene unas décimas». Nos bastaba con esto. Nos quedábamos tranquilos, en espera de la visita del día siguiente. Hoy exigimos más, porque todos creemos que sabemos un poco de medicina. Se ha dicho que la medicina «está en la calle», y lo que es de España es de los españoles.

Luego, el termómetro se hizo instrumento imprescindible en las familias. Si se rompía un termómetro —«el» termómetro— había que comprar otro en seguida, aunque fuese en una farmacia de guardia, porque... «sin termómetro no podemos estar».

Hoy sí, podemos estar sin termómetro y de hecho estamos así mu-

chas veces. Diríase que la fiebre de ayer es la tensión de hoy. En no pocas circunstancias, antes que la temperatura, se nos toma la tensión. Se nos coloca en el brazo una sabia carlanca, se aprieta la goma, en tanto el esfigmógrafo va marcando nuestro nivel vital. «Está usted un poco bajillo.» No es infrecuente que se comprueben nuestros reflejos con martillitos de plata.

Anoche no me encontraba bien. Dije que me dolía todo el cuerpo. Mentira o mentira a medias. Es muy difícil que nos duela todo el cuerpo. Me dolía la piel de la espalda con dolorcillo de escalofrío de alcohol, acentuado el dolor en los riñones. «Eso es lumbago.» Ya. Los huesos, sin llegar a dolerme, me parecía tenerlos resentidos.

Me dediqué a preparar la enfermedad-vección. Mi mujer me dijo: «Y mañana, nada. Todo el día en la cama.» Nos place recrearnos en pequeños proyectos de enfermedades suaves: los libros, los cuadernos para algún apunte, el transistor. «Metedme el desayuno y los periódicos.» La verdad es que me acosté tronzado. Pero me puse el termómetro y no logré sacarme sino unas décimas: treinta y siete menos una. «Eso no son décimas.» Para mí, sí, lo son, porque mi temperatura normal suele ser de 36.2. Dejé a prevención una mantita ligera, de cuadros, como las que Azorín, en sus últimos años, se ponía sobre las rodillas, aun en el verano.

Ya es otro día: el día de «ejercer» de enfermo. ¡Pues no! Me he asomado a la ventana. Día azul, todo de oro. No, yo no me quedaré en casa y, menos, en la cama. He admitido que me pasaran el café y los diarios. Después, con más ganas que nunca, me he puesto a trabajar. Iba a decir «a vivir». Y lo digo. Mi mujer, que me considera un poco chiflado (un inestable), se queda refunfuñando: «No tienes arreglo». Yo digo que la pequeña enfermedad que se anuncia ha tenido arreglo. Tras uno de estos leves torozones, es cuando más limpios y fuertes nos encontramos. ¡Que dure mucho! O, como dicen en algunos pueblos, que sea para bien.

Francisco Javier MARTIN ABRIL

RUTAS-72 RUTAS AEREAS AL ORIENTE DE EUROPA

VIAJE CAUTIVADOR: BULGARIA-RUMANIA TURQUIA

EUROPA A SU ALCANCE

ARTE EN RUMANIA Y RELAX EN EL MAR NEGRO (CIRCUITO EN AUTOCAR POR RUMANIA DE 8 DIAS Y 6 DIAS DE ESTANCIA EN EL MAR NEGRO) SALIDAS QUINCENALES DEL 5 JULIO AL 13 SEPTIEMBRE, MIERCOLES.	BARCELONA - BARCELONA PTAS. 15.700	MADRID - MADRID PTAS. 17.700
CIRCUITO ORIENTAL (CIRCUITO EN AUTOCAR DE 8 DIAS VISITANDO SOFIA, ESTAMBUL Y BUCAREST Y 5 DIAS DE ESTANCIA EN EL MAR NEGRO) SALIDAS QUINCENALES DEL 5 JULIO AL 13 SEPTIEMBRE, MIERCOLES.	BARCELONA - BARCELONA PTAS. 19.300	MADRID - MADRID PTAS. 21.300
TURQUIA - BULGARIA RUMANIA (CIRCUITO EN AUTOCAR DE 15 DIAS) SALIDAS QUINCENALES DEL 5 JULIO AL 13 SEPTIEMBRE, MIERCOLES.	BARCELONA - BARCELONA PTAS. 19.950	MADRID - MADRID PTAS. 21.950

COMPRENDIENDO TRANSPORTE Y HOTELES EN PENSIÓN COMPLETA.

SOLICITE EN SU AGENCIA DE VIAJES, EL SENSACIONAL Y COMPLETO FOLLETO A TODO COLOR "RUTAS 72" TOTALMENTE GRATUITO, CON MAS DE 50 CIRCUITOS DISTINTOS.

¿POSEE UD. UN LOCAL? Monte un «LAVASUPER» SI NO LO TIENE, NOSOTROS SE LO PROPORCIONAREMOS

LAVASUPER

SINONIMO DE EXCELENCIA EN LAVANDERIAS Y LIMPIEZA EN SECO «AUTOSERVICIO»

MAXIMAS FACILID. DE PAGO CONSULT. SIN COMPROMISO Av. José Antonio, núm. 581, 7.º D. (Aribau-Muntaner), Barcelona, Tel. 254-53-29 y 254-53-32 Parking gratuito: Casanova, 16

Su Hotel en Valencia

HOTEL VALENCIA*

Convento San Francisco, 7 Céntrico, tranquilo Precios especiales a peñas, grupos y viajeros

CONTRA INCENDIOS Extintores ALQUILADOS y en venta

PARMA, S. A.

J. Antonio, 820 - T. 226 11 74

CARPINTERIA ALUMINIO SIGLO XX

Cierre su lavadero, balcón, terraza, etc. Todo en aluminio y cristal T. 346-63-46 San Joaquín 4 bis Santa Coloma de Gramanet (Barcelona)